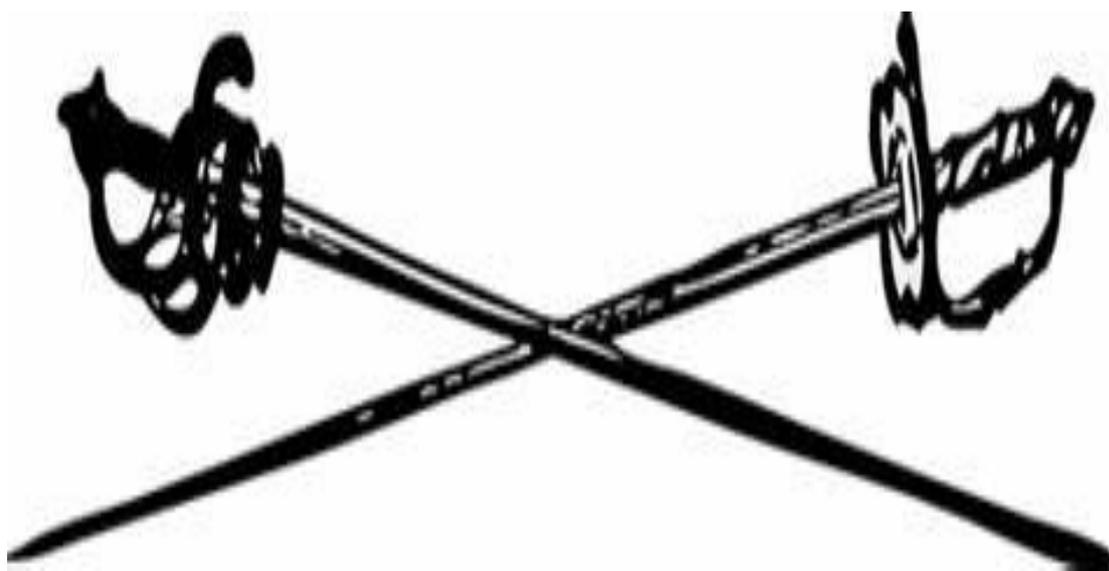


*Sin más  
nombre que  
Hojarrauda*



Corrían las postrimerías del siglo XVI, en Madrid, España, cuando toma lugar nuestra historia, la historia de un hombre sin más nombre que Hojarrauda.

Era una persona vanidosa, egocéntrica, codiciosa, solitaria, traicionera y rezumaba aquel tipo de falso honor que uno se insufla a sí mismo para ocultarse ante su conciencia bajo una fachada de coraje y virtud tan falsas que hasta el más inocente vislumbraría. Su condición y fama eran igual de deleznable, pues era un mercenario, conocido por su escasa piedad y habilidad con el acero. Un simple espadachín a sueldo, bajo el yugo de la necesidad de riquezas y sus respectivos dueños. Pasaba los días manchándose las manos de la sangre de los enemigos de los poderosos, o escarmentando a los morosos, todo a cambio de una mísera suma que luego despilfarraba en bebida, haciendo que pasara hambre hasta su próximo encargo.

Mercenarios y espadachines había a montones en Madrid, pero este en concreto era particularmente famoso, pues se rumoreaba que era la persona más hábil y fuerte de toda España. Esto estaba respaldado por una impresionante reputación y un sobrenombre temible, Hojarrauda, del cual estaba muy orgulloso. Nadie, ni siquiera el mismo, recordaba su nombre real, pues ya no tenía importancia alguna. Todo esto sumado, lo convertía en un asesino de renombre, por lo que era muy solicitado, aunque muy pocos pudieran permitirse su espada.

Antaño fue un joven estudiante de medicina, que se vio obligado a marchar al ejército y convertirse en soldado, sin saber que al regresar ya no tendría posibilidades de seguir estudiando y llegar a ser lo que quería llegar a ser. Tuvo que tirar de espada para subsistir y seguir adelante, y se convirtió en un simple matón, lo que llevaba siendo quince años. Aquel joven inteligente y bello a la vista se convirtió en un hombre desaliñado, de abundante barba, con más cicatrices que pelos en su cabeza y un característico olor a alcohol.

Pasaba los días en la taberna sentado en una esquina del local, borracho, retando a duelo hasta a las moscas, entonando para sí viejas canciones olvidadas o intentando entablar conversación, por supuesto sin éxito, con damas de buen ver, que acababan, muy comprensiblemente, escandalizadas.

Este es Hojarrauda, os he presentado a nuestro singular personaje, su condición de mercenario, su personalidad y su modo de vida, que era monótono e inalterable, a no ser que tuviera que trabajar.

■ ■ ■

El hombre llamado Hojarrauda bajaba por una calle húmeda y fría, impregnada del rocío de la mañana, vestía descuidadamente, con la espada bajo las ropas y un puñal largo, conocido como daga vizcaína, colgando del cinto. Esta arma era muy utilizada por espadachines y salteadores, pues pocas veces un oponente podía esquivar una daga, directa al estómago, mientras combatía con la espada.

Esa mañana debía acabar con un hombre joven para supuestamente vengar una ofensa. El mercenario era lo suficientemente listo como para saber que esto era mentira. Debía haber razones más serias, más merecedoras de haber contratado al famosísimo Hojarrauda, pero ciertamente le importaba un bledo, mientras le pagaran la cuantiosa cantidad que le habían prometido.

Caminaba sumido en sus pensamientos cuando llegó a su destino, la puerta de una casa no excesivamente grande, pero sin lugar a dudas lujosa y bien cuidada. El dueño de dicha casa, su objetivo, saldría al exterior tan pronto como asomara el sol y probablemente armado, o al menos eso le había dicho su cliente. Hojarrauda quería llevar a cabo un trabajo limpio sin mucha dificultad, y solo necesitaría una cuchillada o una estocada por la espalda para que fuera así.

Aguardó pacientemente durante lo que le pareció una media hora, y justo cuando el primer rayo de sol asomó por el horizonte y se extravió en el cielo, la puerta giró sobre sus goznes y salió fuera un hombre de no más de veintisiete años, pulcramente vestido con ropajes caros de excelente calidad. Tenía una constitución atlética y fuerte, y un largo pelo negro que le llegaba hasta los anchos hombros. De su cinto pendía una espada fina, ligera y muy ornamentada.

A la sombra tras un muro de piedra, Hojarrauda observaba a su víctima, acechándola. Cuando esta se alejó cierta distancia, el mercenario empezó a seguirla, lentamente, casi al mismo ritmo pero ganando distancia progresivamente, poco a poco, con la maestría del asesino profesional que era. Con un sigilo envidiable se fue aproximando cada vez más hacia el desprevenido joven, apoyó su mano en el pomo de la espada. Solo necesitaría un único ataque para zanjar ese asunto, cobrar la recompensa y volver a la taberna.

Ya se encontraba a unos escasos metros de su presa, desenfundó su arma, preparado para asestarle un golpe mortal, una estocada sencilla pero eficaz, levantó la espada y...

Ya había lanzado su ataque, cobarde y traicionero, hacia la espalda del joven. Mas la estocada nunca alcanzó a su objetivo. El joven, que había notado un súbito movimiento detrás, hizo gala de unos reflejos soberbios y se arrojó al suelo, haciendo que el furtivo ataque de Hojarrauda solo le rozara el hombro.

El mercenario estaba desconcertado ¿Cómo podía ser que un simple mozalbete inexperto como aquel pudiera evadirle de esa manera? Solo había dos posibilidades: o bien estaba empezando a perder facultades, o se encontraba a punto de batirse con un diestro espadachín, entrenado en el combate con la espada. Como cobarde que era nuestro personaje, ninguna de las dos opciones le hacían ni la más mínima gracia.

Comenzó el duelo; sendos contrincantes ya habían desenfundado sus armas y se miraban el uno al otro a los ojos, mientras describían círculos, como dos animales salvajes a punto de destrozarse entre ellos.

Fue Hojarrauda quien movió su ficha primero, saltando sobre su oponente, que se vio envuelto en una tormenta de fintas, tajos y estocadas. El mercenario trataba de encontrar una brecha en las férreas defensas de su enemigo, que esquivaba y bloqueaba todos sus furiosos ataques sin excesivo esfuerzo, pero eso estaba claro de antemano que no iba a ser tarea fácil. Después de un corto tiempo de frenético y violento asedio por parte del espadachín a sueldo, su adversario lo rechazó empujándolo hacia atrás al mismo tiempo que tomaba la ofensiva. Hojarrauda se defendió con la misma destreza que su oponente.

Continuaron de esa manera durante bastante tiempo, turnándose la ofensiva y defensiva sin bajar ni un segundo la guardia. El enfrentamiento no parecía tocar fin. Hojarrauda se percató de ello. Ese caso requería medidas desesperadas, por lo que sacó su daga vizcaína y, cuidando de que no lo viera, se abalanzó sobre el desprevenido joven, que, mientras volvía a evitar la espada, recibió una cuchillada en la pierna.

El dolor fue tan repentino e inesperado que quedó desprotegido durante un segundo, y un segundo era todo lo que necesitaba Hojarrauda para plantarle a su contrincante dos palmos de acero en el torso, justo en el corazón. El joven cayó al suelo muerto.

El mercenario se quedó unos segundos contemplando el cuerpo sin vida de su oponente antes de huir por los oscuros callejones, muy satisfecho de si mismo, mientras el sol asomaba por el horizonte.

■ ■ ■

La reciente victoria sobre el que, posteriormente Hojarrauda descubrió que era uno de los mayores expertos de esgrima de Madrid, aumentó la fama, ya considerable, del mercenario. Si antes ya era un fanfarrón, después de su triunfo se convirtió en un ser tan vanidoso y confiado que no se puede describir en tinta y papel.

Además, la buena suerte del mercenario por aquellos días tampoco ayudó, pues consiguió más encargos que completó con éxito, avivando la llama de su egolatría. También había conseguido, por descontado, montones de dinero. Mas este no le duró dentro del bolsillo. Así que una semana después, ya estaba el espadachín buscando otro encargo con el que llenar su bolsa....

Llamó a la puerta de una chabola el hombre llamado Hojarrauda. Vestía ataviado con una capa y sombrero nuevos, mucho más elegante que de costumbre, pero todavía despedía el siempre presente olor a alcohol. Un hombre vestido de negro con el sombrero calado hasta los ojos, le abrió la puerta y le invitó a entrar con una seca cabezada. Una vez dentro le entregó un papel y con una voz ronca y grave le ordenó que marchara inmediatamente. Hojarrauda salió de la estancia y examinó el sucio papel. Mencionaba todo lo que necesitaba: dirección, víctima y recompensa.

Una vez más, el mercenario caminaba a paso rápido entre las sombras de la noche, dirigiéndose como un ave rapaz hacia su presa. La localizó envuelta en su capa en una calle ancha e iluminada y la siguió hasta que, para desgracia suya, torció por un estrecho callejón, probablemente para tomar un atajo, un atajo fatal.

Hojarrauda desenvainó ruidosamente para que el hombre, al que reconoció como el marqués de Villena, que debía de encontrarse allí para tratar asuntos importantes, hiciera lo propio y se batiera en duelo. Fijándose en las manos blancas e inmaculadas de su oponente, el mercenario decidió jugar un poco con ese hombre aterrado antes de matarle. El despiadado espadachín se acercó al marqués, que había sacado su fina espada y se encontraba en guardia frente a él. Entonces Hojarrauda arremetió contra él y le arrancó la espada de la mano.

Le dio tiempo para recuperarla, mientras reía y se regocijaba en la desesperación de su enemigo, que no sabía batirse y se veía a la legua que portaba espada por mero protocolo. El mercenario empezó a burlarse descaradamente de la inaptitud del marqués para la esgrima y su falta de agallas, llevando a cabo falsas estocadas y ataques que hacían que el asustado aristócrata soltara al instante su espada y se cubriera la cabeza con los brazos, rogando piedad.

Así siguieron, durante lo que para el marqués fueron siglos y para el jactancioso Hojarrauda solo unos minutos. Unos minutos de cruel diversión, observando como aquel hombre se desmoronaba patéticamente conforme jugaba con él. Le parecía divertido como intentaba huir fútilmente o como trataba de persuadirle, ofreciéndole dinero o rogando misericordia.

Después de unos minutos más de tortura psicológica por parte de su atacante, el noble comprendió que aquel hombre lo iba a matar. Nada de lo que hiciera podría salvarlo, y el mercenario se lo decía directamente con sus ojos, tan fríos como su acero.

Precisamente motivado por la idea de que no había mucho mas en juego que unos minutos más de vida, el marqués puso en marcha un plan desesperado. Recogió su espada, esta vez con decisión, y la empuñó con fuerza. Hojarrauda volvía a hacer otra arremetida falsa, riendo como un demente y olvidando que se encontraba en un duelo a muerte. Esta vez, el marqués no se encogió ni tiró su espada, sino que la lanzó inesperadamente a su contrincante, que recibió el impacto de la hoja.

La sonrisa cruel del espadachín se quedó estática. El desesperado ataque de su víctima lo había sorprendido sobremanera, no esperaba una jugada tan arriesgada, lo que combinado con su excesiva confianza hizo que Hojarrauda no pudiera evitar el arma que volaba hacia él, el arma que se le clavó por completo justo en el pliegue del codo. El mercenario se quedó tres

largos segundos observando la espada incrustada en su brazo, antes de soltar un grito de dolor, que desgarró el aire nocturno, y caer al suelo, sangrando y completamente derrotado.

Tendido en el suelo, el hombre que fue Hojarrauda, echó una mirada cargada de odio al marqués, que en ese momento huía, tras haberlo vencido, usando su mayor debilidad. Entonces el derrotado espadachín gritó nuevamente, pero esta vez no fue el dolor lo que le hizo hacerlo, sino pura frustración y rabia infinita, características del hombre que perdió todo y más por errores que pudo detener.

■ ■ ■

Esta es la historia de Hojarrauda, o al menos una parte de ella. Nadie lo volvió a ver desde entonces, y solo podemos imaginar o especular sobre lo que le pasó.

Unos dicen que murió allí donde le habían derrotado, desangrándose y negándose a aceptar su error. Otros, que logró escapar y volvió a la vida de mercenario con otro nombre. Y otros (en mi opinión los más optimistas) que dejó de malvivir como espadachín a sueldo y emprendió una nueva vida, tal vez cumpliendo su antigua ambición de dedicarse a la medicina.

Lo que os he relatado es solo la parte histórica y comprobada de la vida de nuestro personaje. Partiendo de allí, que cada cual elija su final, el final que considere mas digno del hombre que se hacía llamar Hojarrauda.